

Redes de parentesco, azúcar y poder: la élite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX.*

Claudia Herrera**

Publicado en *Entrepasados* n° 31, 2007.

Luego del período de las revoluciones de independencia en Latinoamérica, las élites debieron legitimar su poder y para ello instauraron una cultura política basada en “elecciones” controladas y manipuladas, pero al mismo tiempo pactadas, sin que se haya producido una transformación radical de las formas de sociabilidad basadas en lealtades personales, centradas en el clientelismo y en mecanismos informales de reciprocidad. Las élites intentaron instrumentar una serie de novedades ligadas al nuevo sistema político y de valores, pero sin una ruptura completa de los lazos personales de tipo tradicional.

En este artículo se pretende analizar la solución que encontraron las élites, fruto de una mezcla producto de la nueva teoría política liberal con una realidad social de rasgos tradicionales, fundada –en gran medida– en relaciones clientelares. Tal era la dualidad de los sistemas de poder latinoamericanos: simultáneamente existían urnas y mecanismos clientelares. Era la esencia misma del sistema y no sus vicios, como lo ha explicado una larga tradición historiográfica.

Uno de los objetivos es estudiar la conformación de una élite local, la tucumana, y el manejo clientelar de su relación con el gobierno central durante el período de consolidación del Estado nacional. No el poder desde sus instituciones, sino entendido en el sentido de quién manda y cómo manda. Nos interesa la composición y la dinámica interna de la élite política y económica, a

* Esta investigación forma parte de mi Tesis Doctoral: “*Elites y poder en Argentina y España en la segunda mitad del siglo XIX*” Universidad Complutense de Madrid, 2003.

** CONICET-ISES. UNT

fin de demostrar la pervivencia de una lógica de poder tradicional en el siglo XIX.

Es necesario advertir que la categoría analítica de “élite” es más amplia que el concepto de clase y define a la minoría gobernante que está constituida por quienes poseen poder (político o económico) en una sociedad. El concepto de élite sugiere la capacidad manipuladora de grupos sociales, que implica la omnipresencia del poder. En todos los grupos sociales hay una minoría que dirige y está por encima de los demás. De acuerdo a las teorías de Pareto, el poder no recaería ni en uno ni en todos, sino siempre en una minoría: la élite.¹

En el caso tucumano, la ambigüedad y amplitud del concepto permite incluir a individuos o familias de sectores muy diversos, hacendados, comerciantes, profesionales, empresarios, industriales, manufactureros, que conjugan influencia política, poder económico, prestigio social y cohesión social y psicológica (a través del matrimonio y la herencia).

La pregunta que se intenta responder es ¿de qué manera las élites de poder conciliaron la teoría política liberal con prácticas típicas de una realidad social dominada por las relaciones clientelares?²

1. Origen y naturaleza social del poder político de la élite tucumana

A mediados del siglo XIX, los hombres que manejaban las actividades ganaderas, agrícolas, manufactureras y comerciales de la economía tucumana eran también los que hegemonizaban el poder político. Se trataba de un sector mercantil-manufacturero que acumuló capital y posteriormente lo reinvertió en la industria azucarera. Además se dedicaba a la agroganadería, no como una actividad principal, sino como estratégica diversificación para ampliar sus mercados y abastecer de alimentos el mercado local. La mayoría estaba inserta en redes sociales muy antiguas que habían forjado su patrimonio en las postrimerías de la época colonial y las primeras décadas del siglo XIX.

¿Cuál fue el origen de la élite tucumana de fines del siglo XIX? Arsenio Granillo fue el primero en sostener -en 1870- que el origen de la fortuna de los manufactureros azucareros estaría en los capitales acumulados por el comercio alto peruano y regional.³ A fines del siglo XVIII, la economía tucumana se caracterizaba por su rol de intermediaria comercial entre los mercados del

Alto Perú y Buenos Aires. Este circuito mercantil colonial había permitido a la élite tucumana desarrollar una rudimentaria pero consistente producción manufacturera para abastecer a Bolivia y a Chile (cueros, carretas, etc.) El fortalecimiento de las actividades manufactureras y mercantiles sentaron las bases del proceso de acumulación de capitales, que en la segunda mitad del XIX fueron reinvertidos en la industria azucarera, transformando los modelos productivos del Norte.

Balán, coincide en que el origen de la “burguesía azucarera” se remonta a fines de la Colonia, cuando inmigrantes peninsulares experimentaron un gran crecimiento económico debido al comercio alto peruano; al acceso a la tierra facilitado por la venta de propiedades jesuíticas y al matrimonio con familias terratenientes criollas. Otro sector provenía de las vecinas provincias de Santiago y Catamarca, atraídos por el crecimiento económico de Tucumán o por razones políticas.⁴ Además, políticamente, en su mayoría eran familias de tradición unitaria que fueron exiladas durante el régimen rosista, experiencia que compartieron varias élites del resto del país.

A comienzos del siglo XX, un observador ratificaba esta hipótesis, señalando que en la compra de las temporalidades estaría “... el origen de valiosísimas propiedades que constituyen hoy la fortuna de acaudalados hacendados, agricultores e industriales...”.⁵ En las antiguas estancias jesuíticas fundaron sus ingenios: José Frías en Cebil Redondo; Vicente Posse en La Reducción, además de las haciendas: Concepción, La Trinidad, Cruz Alta y Santa Ana. Efectivamente, la venta o remate de los bienes de los Jesuitas por la Junta de Temporalidades atrajo a los capitales acumulados de los ricos comerciantes tucumanos, produciéndose una fusión entre el capital comercial y terrateniente,⁶ que luego se diversificó ampliamente en la manufactura preindustrial.

Entre 1850 y 1880 se consolidó el sector mercantil-manufacturero. A finales del período se produjeron transformaciones radicales en su estructura debido a una serie de factores: el fortalecimiento del mercado nacional, la prolongación de las líneas férreas hasta Tucumán, el afianzamiento del Estado nacional, la desestructuración de los antiguos circuitos mercantiles coloniales. Todo ello condujo a la élite tucumana a adaptarse a las nuevas condiciones de mercado y reciclarse en el modelo azucarero. En la evolución económica de la

élite tucumana, el capital comercial se fundió, en un primer momento con el terrateniente; luego la élite se transformó en un sólido sector mercantil-manufacturero y finalmente, dicho capital fue reinvertido en la industria azucarera.

Por todo ello, se puede afirmar que no se trata del típico modelo de clases dominantes latinoamericanas del siglo XIX, según el cual la dominación oligárquica se construye a partir de la hacienda, la percepción de rentas en trabajo o en especie, o el sometimiento directo de la población campesina. Las aptitudes empresariales, el acceso al crédito (por medio de las vinculaciones políticas) y los capitales acumulados posibilitaron que la élite tucumana se dedicara mayoritariamente al comercio y a la producción agroindustrial. Además en el proceso de modernización de la industria azucarera tuvo destacada participación la inmigración, sobre todo francesa, que se pudo integrar a la élite tucumana por medio de lazos matrimoniales y/o sociedades comerciales, gracias al carácter abierto y receptivo de dicha élite. Estas incorporaciones transformaron a la élite en su seno, ya que los inmigrantes aportaron vinculaciones económicas, conectaron intereses y facilitaron los negocios asociando a financistas y representantes de formas industriales francesas.

Hasta aquí se ha visto, de qué manera el capital mercantil evolucionó hacia el capital industrial. ¿Cómo se fusionó este poder económico con el político, en el seno de las familias de la élite para conformar una estrecha red de parentesco que dominaba la política local, controlaba la economía provincial y gozaba del mayor status social?

Azucareros y políticos.

Halperín Donghi ha sostenido que fue característico el ausentismo de las clases terratenientes en el Estado de la Provincia de Buenos Aires durante casi todo el siglo XIX y hasta 1912.⁷ En la misma línea otro análisis también niega *“la unidad fundamental entre el Estado y clases propietarias”* en el período 1880-1912, debido a que *“la construcción de un Estado más poderoso que encontraba sus principales bases de apoyo en el interior del país despertó recelos en la élite socioeconómica de Buenos Aires, y para algunos de sus miembros significó una mayor marginación política”*.⁸ *“La larga historia de*

tensiones entre Estado y clases propietarias”,⁹ que señala este autor para Buenos Aires no se verifica en el caso tucumano.

Esta cuestión acerca de la relación entre negocios y política en las élites regionales ha generado intensos debates desde hace algunos años.¹⁰ No está demás acotar que esta cuestión de la relación entre negocios y política en las élites regionales ha generado intensos debates en la historiografía. En España, por ejemplo, la vinculación entre intereses privados y el Estado ha producido trabajos empíricos y reflexiones teóricas que se ocupan tanto de la interdependencia entre ambas esferas como de la autonomía del Estado respecto de las economías de las élites de poder. La historiografía ha sido muy prolífera al respecto, centrándose la mayoría de los estudios en la época de la Restauración (1874-1923).¹¹ Según algunos autores, el poder de la maquinaria caciquil podía derivarse de dos vertientes: la actividad socioeconómica y/o el manejo de los recursos administrativos. La primera era importante; la segunda, imprescindible. Si un cacique económicamente poderoso no contaba con influencias en la Administración, no podía conseguir favores para sus clientes. Por lo tanto, era menos poderoso que aquel que –aún sin riquezas que lo respaldaran– manejaba los factores de decisión política. En consecuencia, el factor político, más que el económico, era lo que definía al cacique como tal.

La figura de Victorino Fabra Gil fue presentada como un claro ejemplo de cómo la manipulación administrativa podía convertirse en una palanca decisiva para el ascenso y consolidación de determinados sectores. La naturaleza de su poder no fue económica. Su carrera política se forjó a través de su amplia capacidad para negociar –gracias a la posibilidad de manipulación administrativa que permitía el sistema– y al apoyo de su patrón político, O'Donnell, duque de Tetuán. Dominaba con una mezcla de coerción y fidelidad personal; era gran negociador, otorgaba favores y ofrecía protección. Cacique provincial por excelencia, de origen humilde, analfabeto y poco convencional, fue un exitoso mediador entre los centros de poder y las estructuras sociales y políticas.

Otro caso del caciquismo valenciano, el de Ciril Amorós, demuestra que en la España de la segunda mitad del siglo XIX, el factor económico no era condición necesaria ni suficiente para ser cacique. Perteneciendo a una familia de discretos ingresos, su poder provenía de una numerosa clientela que le

proporcionaba su profesión de abogado y le permitía un alto grado de integración en el sistema político.

En términos comparativos, la élite tucumana se encontraba mucho más cerca de la nobleza de la Restauración que de esos caciques sin poder económico. En Tucumán la riqueza fue un factor de poder determinante y los casos de ascenso social a través de la política (como el de Lídoro Quinteros) fueron excepcionales.

Hay sobradas evidencias de que el éxito de la modernización azucarera se definió en gran medida a partir de las vinculaciones de la provincia con el poder central. El Estado fomentó el desarrollo azucarero a través de la construcción del ferrocarril, la protección aduanera, la modernización del sistema financiero y la creación del mercado de mano de obra barata. Por ello, los negocios se fortalecían a través de la estrecha relación con la política. Varias familias de este sector mercantil-manufacturero también monopolizaban la mayoría de los cargos políticos –electivos y no electivos– durante el período. El poder de estas era –a la vez– político y económico.

En estudios previos, hemos analizado la relación entre la élite azucarera y élite política yuxtaponiendo la élite gobernante en todas las instituciones del poder político provincial y nacional entre 1853 y 1889;¹² y una extensa lista (200 individuos) de familias que se dedicaron a la producción azucarera, tanto en la etapa preindustrial como en el período post-modernización. El resultado ha permitido conocer más íntimamente la naturaleza socio-económica del poder de la élite tucumana. Sin embargo, no se trata de una simplificación de la relación causa-efecto, “azucarero = político”. Sin menoscabo de la gran diversificación productiva que desde sus orígenes ha caracterizado a la élite tucumana, el binomio azúcar-poder ha tenido una influencia considerable en la conformación de la élite política y una presencia preponderante en el control del Estado provincial en las últimas décadas del siglo XIX, como lo reflejan estos datos:

Azucareros políticos: De un total de 70 industriales azucareros (incluidos manufactureros de la etapa previa e industriales del auge azucarero) 55 desempeñaron alguna actividad política. De los restantes, 15 no ocuparon –ellos mismos– ningún cargo político, pero sí lo hicieron –uno o varios– miembros de sus respectivas familias.

Azucareros no políticos: Existen otros industriales que nunca registraron participación política -ni ellos, ni miembros de sus familias. La mayoría de los casos se explica por su condición de extranjeros, como el alemán Enrique Erdman, los franceses Máximo Etchecopar, León Rougés, Clodomiro Hileret y el español Manuel García Fernández. Sin embargo, aunque nunca hayan ejercido el poder, sí estaban estrechamente vinculados con la política, como Máximo Etchecopar y Jean Nougués, a través de las alianzas matrimoniales de todos sus hijos. Otro caso, Clodomiro Hileret, refleja la movilidad social y el carácter abierto de la élite tucumana. Llegó a la Argentina en 1872 como técnico del ferrocarril. En 1879 fundó el ingenio Lules en sociedad con Juan Dermit; en los años '90 adquirió el establecimiento azucarero y la Estancia que pertenecían a Belisario López y lo convirtió en el ingenio más poderoso del país. Hileret no podía ser elegido para ocupar cargos públicos, lo que no le impidió desempeñarse como Miembro del Consejo Deliberante de la Intervención Federal en 1887 y como Presidente del Banco Provincial.

Gobernadores azucareros: De un total de 31 gobernadores de todo el período, 21 de ellos pertenecían a familias vinculadas a la producción azucarera.

Electores a Presidente y Vice-Presidente de la Nación: Dentro del selecto círculo que conformaban los electores a Presidente y Vice-presidente de la Nación también se ha encontrado un alto componente de miembros de la élite azucarera. Del total de catorce electores tucumanos en la elección de 1880, once pertenecían a la élite azucarera; en 1892, representaban al sector azucarero siete miembros del Colegio Electoral.

Distribución y complementariedad de funciones

Se ha podido comprobar en casi todas las 24 familias estudiadas la existencia de una cierta distribución de roles dentro de las mismas.¹³ Es decir, mientras unos miembros se dedicaban a la política en el ámbito provincial y a enriquecer el patrimonio familiar, otros gestionaban las mejoras para la provincia -desde Buenos Aires- que repercutían directamente en la economía del clan y de toda la élite ligada al azúcar. Asimismo, los parlamentarios en el poder nacional eran todos abogados, o sea políticos profesionales.

A esta altura del análisis corresponde preguntarse: ¿quiénes eran profesionales de la política? ¿Se dividieron las funciones políticas y económicas dentro de la familia? ¿Actuaban en el ámbito local o nacional?

El caso de los Avellaneda puede ser considerado prototipo de la distribución de roles entre los tres hijos del “Mártir de Metán”.¹⁴ El ingenio Los Ralos fue fundado en 1877 por los hermanos Marco y Eudoro en sociedad con su primo Brígido Terán. Mientras Marco¹⁵ y Nicolás¹⁶ se dedicaron a la vida política en Buenos Aires, Eudoro permaneció en Tucumán encargado del negocio azucarero de la familia y, al mismo tiempo, ocupó varios cargos de la política provincial, excepto una vez que ocupó un escaño como Diputado Nacional.¹⁷ (Ver tabla). Sin embargo, se debe tener en cuenta que la política porteña era la vía de acceso a los grandes negocios. Por ejemplo, Marco había comprado -en sociedad con Eudoro- tierras procedentes de la expulsión de los indios pampas, cuyo mercado se había reservado para unos pocos poderosos que luego se convertirían en los grandes latifundistas de la región pampeano-patagónica argentina.¹⁸

La familia Frías fue otro caso típico de distribución de funciones. El padre, José Frías, había fundado el ingenio San José en sociedad con su hijo Justiniano. A su muerte, Justiniano y dos hermanas heredaron el ingenio. Como estas vivían en Bolivia vendieron a su hermano sus respectivas partes y él se convirtió en el único propietario, de modo que se evitó la fragmentación de la propiedad y se conservó intacto su valor. Justiniano, al ser el depositario del negocio familiar más importante sólo se desempeñó en política en el ámbito local. El otro hijo, Uladislao, fue el político de la familia que trascendió en la esfera nacional y que veremos actuar como uno de los más importantes intermediarios tucumanos ante el poder central. Quizás por ello, nunca estuvo involucrado en el negocio azucarero familiar. Tampoco se ha encontrado ninguna actividad comercial que le permitiera forjar un patrimonio importante, como fue el caso de su hermano a través de negocios inmobiliarios, actividades financieras o industriales. Uladislao se dedicó plenamente a la vida política. A lo largo de casi 50 años (1852-1899) siempre desempeñó un cargo público, electivo o por nombramiento, en la esfera local o nacional, en otras provincias e incluso fuera del país. Ambos hermanos Frías eran abogados. Por todo, se

puede deducir que Marco Avellaneda y Uladislao Frías fueron verdaderos profesionales de la política.

Redes de parentesco

Para definir a una élite no es suficiente analizar su patrimonio y su poder políticos; es necesario estudiar la dimensión social en la que se mueve. El método de Network Analysis concibe a una red como un conjunto de vínculos latentes, donde sus integrantes reconocen tener una serie de obligaciones entre sí. En momentos determinados esos vínculos se activan y se transforman en transmisores de bienes, servicios, favores, información. De este modo, la red de relaciones considera a las trayectorias personales, como resultado de estrategias para alcanzar ciertos fines y aprovechar las oportunidades que les ofrece el medio. En una sociedad donde las instituciones especializadas (para la ejecución de los contratos, la organización empresarial jerárquicamente establecida, la oferta de crédito y acceso a la información) no existían o adolecían de defectos, las “redes de familias, parientes, amigos y clientes representan unidades pertinentes de análisis porque constituían la organización ‘empresaria’, otorgaba acceso a la información, al crédito y a los mercados”.¹⁹

Precisamente son esas redes las que consideraremos para conocer la dinámica interna de la élite tucumana. A través de los múltiples lazos matrimoniales entre las familias de azucareros y de políticos (106 matrimonios), la élite conformó una extensa red de parentesco, instrumento básico para mantener el status y controlar el poder. Sólo se analizará la proliferación de matrimonios dentro del círculo integrado por un sector productivo, el azucarero, que además tenía el dominio político.

Las redes de parentesco han desempeñado una función primordial en la conformación y consolidación de la élite tucumana, tanto para consolidar el patrimonio de una familia -o de uno de sus miembros- como para acceder a espacios claves para el dominio del poder político local y nacional hasta los primeros años del siglo XX. ¿El núcleo de la élite era permeable a nuevos integrantes o, por el contrario, su estructura era rígida y cerrada? ¿Qué alianzas matrimoniales unieron a familias de políticos con familias de azucareros y con qué frecuencia las familias perseguían la estrategia de los matrimonios endogámicos o intrafamiliares? ¿Se pueden distinguir familias pertenecientes a la red primaria o secundaria dentro de la misma élite?

Con respecto a los Avellaneda, la madre de Nicolás, Marco y Eudoro, Dolores Silva Zavaleta, era hermana de Clementina, la esposa de Justiniano Frías, ambas hijas de José Manuel Silva, uno de los comerciantes más ricos de la provincia en la primera mitad del siglo XIX. Por lo tanto, los esfuerzos aunados de los Frías y de los Avellaneda como intermediarios entre el poder central y el local se explica, además, por medio de los lazos de parentesco.

Nicolás y Marco se radicaron en Buenos Aires, en relación con lo que ya se ha explicado sobre la vida política de estos que los llevó a residir en esa ciudad. El tercer hijo, Eudoro, se casó con su prima hermana, Francisca Delfina Terán Silva. Esta alianza vino a reforzar la sociedad empresarial del ingenio Los Ralos entre Eudoro y Brígido Terán, que además de socios, eran primos hermanos y cuñados, como se ha visto. Sus cuatro hijos se emparentaron con familias de azucareros: Etchecopar (en dos casos), Cainzo y Gallo, esta última, además, de mucho peso político.

Los Frías y los Padilla, ambas familias de políticos azucareros, entretejieron sus lazos parentales a través de varios matrimonios (al menos diez) en distintas generaciones. Los hermanos Tiburcio y Ángel C. Padilla eran cuñados de Uladislao y Justiniano Frías; Vicente Padilla era yerno de Uladislao y cuñado de Carlos Frías Helguera (nieto de Justiniano Frías y de Federico Helguera). Isaías y José Padilla eran socios de la firma "Padilla Hnos.". Isaías también se unió en matrimonio con una Frías, sobrina de Uladislao y, más tarde, por medio del enlace de su hija, se convirtió en consuegro de Juan Luis Nougués. Por su parte, José Padilla se emparentó con otra familia de políticos y azucareros al casarse con Josefa Nougués, la hermana de Juan Luis, Miguel y Ambrosio Nougués, y el matrimonio de su hija lo hizo consuegro de Federico Helguera. Se han encontrado cuatro matrimonios intrafamiliares dentro de la familia Padilla.

De este mismo modo se han analizado 24 familias, pudiendo comprobarse la estrecha relación de las familias propietarias de ingenios con las familias con poder político. Así, a la influencia política y al poder económico se suma el tercer factor, el "capital relacional" o "capital social" fundado en una densa red de parentesco con múltiples vinculaciones en su seno, para configurar la élite tucumana.

2. Elite local y el poder central: entre la cooperación y reciprocidad

En la segunda mitad del siglo XIX, tanto el fortalecimiento de alianzas entre poderes locales como la progresiva injerencia del poder central sobre las autonomías provinciales sellaron la consolidación del Estado moderno.²⁰ Dicha relación adoptó –unas veces– la forma de pactos, alianzas, cooperación y compromiso, como en el caso tucumano. Pero en otras asumió las características de cooptación, intervención y revolución.

El período que va de 1852 a 1880, esos treinta años que separan la caída de Rosas y la presidencia de Roca, fueron años de guerra civil donde el poder de las armas prevaleció ante el derecho. Sin embargo, el poder central fue afianzándose progresivamente, sometiendo los particularismos. En la coalición triunfante de 1880 -año clave en este proceso- la élite tucumana aparece con gran protagonismo, convirtiéndose en uno de los elementos constitutivos del bloque de poder hasta la democratización política de 1912.²¹

El papel desempeñado por la élite tucumana en la construcción del Estado Nacional fue destacado por la historiografía. Halperín Donghi llama la atención sobre la “desproporcionada” presencia de las “*muy poco prósperas élites del interior*” en “*el personal político, administrativo y militar del nuevo estado*”.²² Otros autores resaltaron la existencia de un “*pacto oligárquico*” que “*bajo la dirección de Buenos Aires*” habría sellado los intereses de las “*clases dominantes*” del interior con las del litoral;²³ o la circunstancia de que una mayor preponderancia dentro del Estado y en particular, el control del Ejército Nacional, fue una carta esencial que utilizaron los grupos del interior para poder pactar con los del litoral.²⁴ Lo cierto es que hay consenso en que la conformación de la élite azucarera estuvo íntimamente vinculada a la construcción del Estado y que fue –en gran medida– producto de la creciente unificación económica y política del país.

¿Por qué la élite tucumana pudo alcanzar este poder en el ámbito nacional? Dentro del marco de un sistema de cooperación, ¿qué elementos le permitieron a la élite tucumana negociar ventajosamente con el poder central? Estas son algunas cuestiones que pretendemos analizar, considerando a la relación entre el poder local y el Estado nacional también como una relación de tipo clientelar, ya que en ella se encuentran algunos rasgos propios del

clientelismo: alianzas, estrategias de acceso y control del poder, negociación y reciprocidad en las relaciones políticas, pactos entre los poderes locales y el poder central, obtención de favores colectivos e individuales, etc.

La política seguida por Mitre antes de Pavón y enfatizada luego, consistía en un equilibrio peligroso entre las negociaciones con las élites locales y las intervenciones armadas en las provincias. Estas últimas se explican no sólo por la debilidad del Estado nacional, sino también por la debilidad de los círculos liberales en el interior: sólo las armas podían modificar las situaciones provinciales.²⁵ Todos estos factores determinaron que el control político y militar de la región Norte fuera ejercido por un ejército nacional con base en Santiago del Estero, cuya misión “oficial” consistía en proteger la frontera de Chaco de las incursiones indígenas. A su mando estaba Antonino Taboada, hermano del gobernador de Santiago, que con sus ambiciones de hegemonía en la región Noroeste excedió los límites del mandato nacional.

En 1861 la intervención militar de Taboada a Tucumán significó el retorno de la facción liberal tucumana al poder y la expulsión definitiva de Gutiérrez (caudillo militar rosista que gobernó Tucumán por 12 años). Pero las acciones militares de ese tipo no cesaron y además se extendieron a toda la región norte (Catamarca, Salta y La Rioja). La situación fue tolerada por Mitre en tanto se ejecutaran las órdenes nacionales, tendientes a afianzar su poder. Estas intromisiones militares en asuntos internos –como la intervención a Tucumán en 1867 cuando la poderosa familia Posse controlaba la situación provincial– determinaron que las élites políticas locales se distanciaron del mitrismo y se inclinaron por el liberalismo que propiciaba la candidatura de Sarmiento a la presidencia, una fórmula de unidad nacional sin la hegemonía porteña.

Ya presidente, Sarmiento encaró de otra manera la relación entre el ejecutivo y el ejército. Como consecuencia del conflicto con el Paraguay este último adquirió la importancia de un nuevo actor social. Mientras Mitre lo había utilizado para terminar con los resabios de federalismo en el norte y consolidar el poder del Estado –bajo la hegemonía del clan Taboada– Sarmiento optó por una estrategia diferente: colocó las fuerzas militares bajo el mando directo del ejecutivo.

Durante ese lapso Tucumán funcionó como virtual base de operaciones del gobierno central en el Norte y contribuyó a dismantelar el poder militar del clan Taboada, lo que potenció el rol de la provincia como custodia de los intereses nacionales en la región.²⁶ Una correspondencia de Marco Avellaneda -en nombre del gobierno nacional, agradeciendo al gobernador tucumano Helguera la cooperación de la provincia- es una clara muestra del peso político que cobró Tucumán en defensa de los intereses nacionales:

“Me ha encargado el Ministro de Guerra que le haga presente, a nombre del Presidente y el suyo, que mucho agradece su ofrecimiento de un contingente para la remonta del ejército y que ya se han dirigido oficialmente a U. autorizando para que gire por la cantidad que necesite para su movilización. Me dice que Sarmiento no ha querido publicar en nota, temiendo dar un arma de oposición a los enemigos políticos que puede U. tener”.²⁷

Las negociaciones no sólo se llevaron a cabo en el terreno militar. El papel del Senado Nacional fue clave en la política de pactos, pues era el lugar de encuentro entre el poder central y los poderes provinciales, como lo señalaron primero Juan Álvarez²⁸ y, luego, Natalio Botana. La representación igualitaria (dos senadores por provincia, independientemente del crecimiento demográfico) permitía “nacionalizar a los gobernadores locales” y le otorgaba al interior un rol protagónico en el ámbito institucional, frente al poderoso Estado bonaerense.²⁹ El Senado era la “verdadera llave maestra del sistema político”, ya que las provincias del interior gozaban siempre de mayoría y con sus dos tercios podían impedir la sanción de cualquier ley. Por lo tanto, el apoyo de las élites del interior se volvía indispensable para asegurar la gobernabilidad. La Constitución había reservado un importante resorte de poder a las provincias y éstas lo hicieron valer.

En conclusión, gracias a la cooperación político-militar de la provincia, la élite tucumana quedó integrada efectivamente al esquema de poder nacional que perseguía consolidar al Estado fortaleciendo la autoridad presidencial. El poder de la élite tucumana para negociar, o sea para intercambiar favores con el gobierno central, se fundaba en el apoyo político-militar que la provincia

brindó al poder central hasta convertirse en custodia de los intereses nacionales en toda la región norte. Es dentro de este marco de “cooperación” que debe entenderse el peso de la élite tucumana en las cuestiones del poder nacional. ¿De qué manera el gobierno central retribuyó a este grupo de poder? ¿A través de qué tipo de “favores”? Se intentará responder a esta cuestión apelando al concepto de “reciprocidad”.

Los intermediarios

La reciprocidad intraelitaria quedó demostrada con el acceso de tucumanos a importantes cargos del poder nacional. En el gabinete de Sarmiento, Nicolás Avellaneda estuvo al frente de la cartera de Instrucción Pública, aunque este nombramiento obedecía a sus antecedentes como Ministro de Gobierno de Alsina (gobernador de Buenos Aires durante la presidencia de Mitre) más que al peso de su extensa familia que gravitaba en la política local. Por su parte, Uladislao Frías era el Ministro del Interior. Este cargo fue una retribución de Sarmiento al papel desempeñado por la élite tucumana en la estructuración de un nuevo sistema de alianzas en el Norte que actuaba como sustentación del presidente en la región.

El Ministerio del Interior era una herramienta clave para las negociaciones entre el poder central y los poderes locales, por el carácter de principal “agencia de desarrollo” de ese Ministerio, ya que comprendía las funciones de Obras Públicas, Agricultura y Ganadería. A comienzos de la década del '70 dicha cartera tenía color tucumano, puesto que fue ocupado sucesivamente por Nicolás Avellaneda y Uladislao Frías.

Todas las cuestiones que involucraban a la política local y nacional se discutían, se sopesaban y se decidían en el ámbito de un reducido grupo de poder, incluso en el ámbito familiar, dadas las relaciones de parentesco que supieron tejer sus miembros. Con Uladislao Frías en el Ministerio del Interior y Nicolás Avellaneda en el de Instrucción, y más tarde en la Presidencia de la Nación, Marco Avellaneda, hermano de Nicolás, se convirtió en uno de los intermediarios más importante entre el poder local y el central. Ellos constituían los tres pilares en los que se asentaba el poder tucumano en Buenos Aires en la etapa del máximo desarrollo económico de la provincia y así lo refleja una extensa correspondencia.

El gobernador Helguera le había ofrecido el Ministerio de Gobierno, que Marco rechazó por razones particulares.³⁰ Pero Marco brindó sus servicios a Helguera para gestionar los asuntos de Tucumán desde Buenos Aires, utilizando sus relaciones parentales y clientelares:

*“Cuenta U. con las simpatías y estimaciones de toda la gente honorable de nuestro pays (sic) con la cooperación de todos los hombres de valer y especialmente con la mui (sic) valiosa del actual Gobernador, el ilustrado y recto Dr. Frías y por fin puede U. contar con la del Gobierno Nacional cada vez que lo solicite (...) Desde aquí podré serle más útil a su gobierno y al pays (sic). Me ofrezco desde ahora para lo que pueda servirlo”.*³¹

De este modo, Marco Avellaneda se convirtió en uno de los principales y quizás el más eficaz gestor de los asuntos tucumanos ante el poder central durante las presidencias de Sarmiento y Nicolás Avellaneda, períodos que coincidieron con el auge de obras de infraestructura en la provincia. Su capacidad de intermediario fue demostrada en varias oportunidades, especialmente, durante los gobiernos de Federico Helguera (1871-1873 y 1877-1878)

En algunas ocasiones se encargaba de gestionar el cobro de giros a favor del gobierno provincial;³² otras veces negociaba la obtención de fondos del gobierno nacional, en caso de excepcionalidad para Tucumán. Muchas veces hacía uso de su influencia y contactos familiares. También se ocupaba de cobrar los créditos otorgados a la provincia por el gobierno nacional y que se utilizaban para pagar los salarios de la administración provincial, incluso en las difíciles épocas de disminución de ingresos aduaneros.³³ Además, actuó decididamente para enviar auxilio a las provincias damnificadas por las fuertes inundaciones que afectaron a gran parte del país en 1873.³⁴

Un cuarto gran intermediario entre el poder central y el poder local fue Julio Argentino Roca. Pero entre los cuatro hay que marcar una diferencia fuerte. Roca y los hermanos Avellaneda, si bien habían nacido en Tucumán, eran dirigentes que habían hecho sus carreras políticas fuera de la provincia. Nicolás Avellaneda estudió en Córdoba y luego se radicó en Buenos Aires. Su

entrada en las filas del alsinismo fue el inicio de su carrera política y desde allí comenzó su campaña para la presidencia, que en el caso de Roca estuvo apuntalada por sus victorias militares. Estos casos que demuestran que las muchas ramificaciones en distintas regiones del país tenía la élite tucumana fueron –sumadas a otros factores– las que le permitieron acceder al poder nacional. Los políticos tucumanos utilizaron sus redes locales, pero realizaron sus itinerarios políticos fuera del ámbito local. En el caso de Frías, el recorrido fue diferente: fue un dirigente local con proyección nacional. Pero más allá de esas diferencias de itinerarios, los mismos se complementaban y la trama de relaciones que armaron en toda la geografía nacional cimentó el poder de la élite.

En el caso del ascenso de Roca, tejía sus alianzas apoyando con el uso de la fuerza militar a determinados gobiernos provinciales. Al aproximarse las elecciones presidenciales de 1880, las provincias aliadas al poder central y que apoyan su candidatura, comenzaron a armarse con la ayuda del gobierno nacional, ya que se presagiaba un levantamiento militar propiciado por los sectores “porteños” que no estaban dispuestos a permitir una tercera presidencia consecutiva en manos de provincianos.

En 1878 Roca tenía a su cargo la cartera de Guerra y estaba dispuesto a apoyar con las fuerzas nacionales -si las circunstancias así lo exigían- el orden provincial. Así lo demostraba en respuesta a la solicitud del gobernador Helguera:

“[...] no me es posible contestarle todavía su pedido de doscientos fusiles. Tengo que averiguar el listado del parque que según me dicen está muy escaso de fusiles rémington. Debo anticiparme a comunicarle que cualquier intento que se maquine en esa provincia contra el orden público nos tendrá de su lado y entonces no le faltará [...] Espero que me den soldados para el ejército”.³⁵

Para realizar esta gestión Roca recurrió a su cuñado, el Ministro de Gobierno de la provincia de Córdoba

“Juárez Celman debe mandar cincuenta fusiles rémington con su correspondiente munición. En esto

*le probaré mi buena voluntad en servirlo. Creo que con esta cantidad tendrá por ahora de sobra; si acaso después las cosas se enturbian algo, ya sabe que puede contar con toda mi cooperación [...] Es bueno que no se sepa que yo le mando esas armas, que no vayan a dar sino a torcidas interpretaciones”.*³⁶

Hasta aquí, se ha visto quiénes fueron los representantes más eficientes –aunque no los únicos– de la élite tucumana que se integró decididamente al esquema de poder nacional con el fin de consolidar el Estado, fortalecer la autoridad presidencial y promover el progreso a la provincia.

En definitiva, un clima de unanimidad en la élite tucumana frente a las cuestiones nacionales se insinuaba en los períodos de Sarmiento y Avellaneda y se consolidó con el ascenso de Roca a la presidencia. Sin duda, la organización definitiva del Estado, la ocupación efectiva del espacio nacional, la pacificación de los conflictos regionales y la conformación de un mercado unificado, coadyuvaron a la consolidación de la élite tucumana como sector de cierta influencia en el gobierno nacional.

¿Cómo se gestionaron esos “favores” ante el gobierno nacional para llevar la modernidad a la provincia? El análisis de las importantes obras de infraestructura que transformaron a la provincia en las décadas de 1870 y 1880 es un buen punto de partida para ello.

“Los favores nacionales”

Los “favores” nacionales fueron una forma de gratitud, de reconocimiento y, por sobre todo, una manera de sellar el compromiso entre el poder central y el poder local. La financiación de obras públicas que impulsaron el desarrollo de la provincia y su inserción en el mercado nacional, así también como la ventajosa política arancelaria para proteger la producción azucarera fueron la retribución del poder nacional a la élite tucumana en el plano económico. Las obras de mayor envergadura para la provincia, como la extensión de la línea Norte del ferrocarril hasta Tucumán, la construcción del puente sobre el Río Salí y la construcción de la Escuela Normal, fueron subsidiadas por el gobierno nacional gracias a las negociaciones del grupo de

poder tucumano, lo que se reflejaba en el balance final que hacía Nicolás Avellaneda al dejar el Ministerio en manos de Frías.³⁷

La construcción del puente sobre el Río Salí era imprescindible para comunicar la ciudad con los ingenios del otro lado del río. Los primeros estudios para su realización fueron gestionados por Nicolás Avellaneda,³⁸ que prometía al gobernador Helguera que el puente sería una realidad durante su administración. En este marco de permanente y fructífero diálogo entre la Nación y la provincia, también se llevó a cabo la construcción de la Escuela Normal para la formación de maestros. También fueron Nicolás Avellaneda y Frías quienes desde sus respectivos espacios de poder gestionaron su construcción. Para obtener del gobierno nacional la autorización y los fondos para la realización de la obra, Avellaneda planteaba a Helguera: *“Necesito que me responda con qué contribuiría Tucumán para el establecimiento de una Escuela Normal. ¿Daría algún edificio como el antiguo teatro o algún otro a lo menos [sic]? Es necesario que la provincia se muestre solícita” [...] “La Cámara de Diputados ha votado veinticinco mil duros a mi pedido para la Escuela. Usted inaugurará la obra y tendrá la dirección de los trabajos”*.³⁹

Era primordial para el desarrollo de la provincia la llegada a Tucumán de la línea norte del ferrocarril para abaratar costos de comercialización de la industria azucarera. Marco Avellaneda, entre otros, resaltaba la necesidad de dotar a las provincias del interior de los adecuados medios de transporte y comunicación que permitieran a las incipientes producciones regionales – especialmente, el azúcar tucumano y los vinos mendocinos– abastecer a la región del litoral y a la ciudad de Buenos Aires. Fue una obra muy difícil de concretar por la divergencia de opiniones acerca de la trocha que debía adoptarse. Si se demoraba su realización se corría el serio riesgo de aplazar las obras definitivamente.⁴⁰

Efectivamente, hubo un factor que amenazó la continuidad de la construcción. Pero no fue el conflicto exterior o la lucha electoral. El problema se originó en los efectos de la crisis económica del '74.

No obstante, la falta de crédito no paralizó la avanzada obra, debido a que también habían cambiado las circunstancias políticas a favor de Tucumán: en 1874 se sumó otro factor al juego de intereses tucumanos: asumía la Presidencia Nicolás Avellaneda. Así, la predisposición favorable hacia su

provincia natal posibilitó la terminación de la construcción del ferrocarril. Prueba de esto fue la ley de emergencia que sancionaron ambas Cámaras en 1876, por la cual se suspendía el pago de la venta y amortización de la deuda exterior por el término de tres años. La ley establecía, además, que el monto de la deuda que se dejaba de pagar se destinaba a: 1) salvar el déficit del corriente año; 2) atender el déficit del año 1877, si las rentas generales de la Nación bajasen de 17 millones de pesos fuertes; 3) pagar la deuda interior que no sea consolidable; y 4) terminar el trabajo del Ferrocarril del Norte hasta la ciudad de Tucumán.⁴¹

Más tarde, en el ocaso de su mandato, este “favor” entre otros, pesaba en contra del Presidente:

*“las dos cámaras le son hostiles a Avellaneda: Cuestión Corrientes y Ferrocarril de Tucumán, las debilidades o veleidades del Presidente lo han colocado en una situación difícil ante el país”.*⁴²

De todos modos, en 1876 el ferrocarril llegaba a Tucumán y con éste, el “despegue” de la industria azucarera fue una realidad. La reducción de costos de fletes produjo una fiebre inversionista en torno a la agroindustria azucarera, ya que atrajo capitales extranjeros y extrarregionales. Desde una perspectiva espacial, los “caminos de fierro” significaron una refuncionalización de todo el Norte; San Miguel de Tucumán se convirtió en la verdadera metrópoli regional.⁴³

Consideraciones finales

El sistema liberal-oligárquico en Argentina –y en gran parte de América Latina– se caracterizó por una doble lógica del poder: la teoría política liberal y las prácticas sociales basadas en las relaciones clientelares. Liberalismo y clientelismo fueron las dos caras de una misma realidad política.

¿De qué manera las élites de poder modificaron la teoría política liberal para adaptarla a una sociedad dominada por las lealtades personales y los mecanismos informales de reciprocidad? A través de la pervivencia del clientelismo, la élite tucumana logró una particular combinación de elementos nuevos y tradicionales.

El período de formación del Estado nacional argentino ofreció un marco socio-político propicio para el desarrollo de ciertas formas de clientelismo: fragmentación del poder en localismos, gobierno central débil o en formación que necesita pactar con los poderes locales, población mayoritariamente analfabeta y rural, mercado nacional en formación, deficitario sistema de transportes y comunicaciones, sufragio restringido. La inestabilidad política y los conflictos armados (guerras civiles, secesión del Estado porteño, levantamientos y resistencias de los caudillos) que abarcaron casi todo el siglo XIX encontraron solución a través de un sistema de alianzas y pactos gestado durante las presidencias de Sarmiento y Avellaneda y consolidado con Roca. Las negociaciones y acuerdos intraelitarios fortalecieron aún más el patronazgo y el clientelismo, alterando los principios de representatividad y de ciudadanía.

Como demostraría el caso tucumano, las élites desempeñaron un papel de importancia como intermediarias entre el poder central y los poderes locales. La escasa integración de la economía y la sociedad hizo que el localismo –“la patria chica”– y no la Nación fuera el ámbito de la vida social. Sin duda, el peso de los poderes locales dependía del nivel de integración alcanzado dentro del Estado central. Del mismo modo, el grado de autonomía o de subordinación de los poderes locales y su influencia en el gobierno central estaba en estrecha relación con la importancia económica de cada provincia. A esto hay que sumar la circunstancia de que la élite tucumana quedó integrada ventajosamente al nuevo esquema de poder nacional al actuar como virtual base de operaciones del gobierno central en el Norte después de contribuir a desarmar el poder militar mitrista. Así, debido al compromiso de la élite tucumana en la construcción del Estado nacional y a la consecuente cooperación político-militar, la provincia se convirtió en custodia de los dos principales objetivos nacionales en la región: consolidar el Estado nacional y fortalecer la autoridad presidencial. Obviamente, este factor de naturaleza política coadyuvó para obtener con menos costos beneficios del poder central, los que contribuyeron a afirmar la preeminencia económica que caracterizaba a la provincia hasta convertirla en el centro más dinámico del norte del país, un foco de irradiación de modernidad, progreso y desarrollo para el resto de la región.

Es dentro de este esquema que hemos tratado el mecanismo del “favor” entre el poder central y el local. En Tucumán, el apoyo de la élite local al Estado

central fue recompensado con la prolongación de la línea férrea desde Córdoba, la exoneración impositiva para la importación de maquinarias, la protección arancelaria especial para el azúcar y el otorgamiento de créditos para la modernización tecnológica. La conjunción de todos estos factores posibilitó el auge azucarero caracterizado por la fiebre modernizadora, la expansión del área cañera, el montaje de grandes unidades industriales, la constitución de una masa de decenas de miles de asalariados, el aumento espectacular de la producción azucarera, la conquista del mercado interno y la conformación de una élite que concentró en sus manos el poder económico y político –además del prestigio social– hasta la segunda década del siglo XX.

El éxito de la modernización azucarera se definía en torno a las vinculaciones con el poder central, como se ha visto. Por ello, los negocios se fortalecían a través de la estrecha relación con la política. Los subsidios del gobierno nacional fueron gestionados por el grupo de poder tucumano y la transformación económica de la provincia puso en evidencia el peso de la élite tucumana en el gobierno central. Los hermanos Avellaneda, Frías y Roca, como los representantes más eficientes –aunque no los únicos– de la élite tucumana permitieron a la provincia integrarse decididamente al esquema de poder nacional, que marchaba hacia la consolidación del Estado central. Sin duda, la organización definitiva del Estado, la ocupación efectiva del espacio nacional, la pacificación de los conflictos regionales y la conformación de un mercado unificado, coadyuvaron a la consolidación de la élite tucumana como sector influyente en el gobierno nacional.

Creemos que es necesario advertir que este tipo de relación no se caracterizaba por una absoluta asimetría. Es más, debe entenderse como un vínculo de reciprocidad entre el poder central y los poderes locales, en el que un diálogo y negociaciones permanentes permitieron al poder central afianzarse en las áreas periféricas y a las élites locales obtener beneficios para sus provincias. Está claro que estos favores –colectivos o individuales– se obtenían no sólo en función de la capacidad negociadora de los intermediarios, sino además, de la influencia de la provincia en las decisiones del gobierno nacional en materia política y económica.

En cuanto a la lógica del poder a nivel local, en el caso de la élite tucumana la preeminencia de la riqueza estaba ligada de manera indisoluble al

sector dirigente. Más aún, el poder económico constituía el trampolín para acceder al manejo de la política. La riqueza —en el último cuarto de siglo XIX— emanaba de la “dulce” industria y de allí también surgían los enlaces de la élite. El poder de las familias que la componían era —a la vez— político y económico, a lo que se debe agregar un tercer factor, el “capital relacional” de una densa red de parentesco con múltiples vinculaciones, instrumento básico para mantener el status social y controlar el poder político. Como se ha visto, hubo una estrecha relación entre las familias propietarias de ingenios y las familias que controlaban el poder político. Los lazos matrimoniales aseguraban que en las siguientes generaciones se mantuvieran unidos los dos factores de poder: azúcar y política. En los casos en que faltaba uno de ellos, las alianzas matrimoniales se convertían en la principal estrategia para solucionar esa carencia. Las ligazones creadas por el casamiento, los hijos y los parentescos colaterales, aseguraron la pervivencia del núcleo de la élite.

Notas

¹ Pareto, Wilfredo: *Tratado de Sociología General* (1917-1919) Ginebra. 1968

² Las fuentes consultadas fueron: Sección Protocolos, Sección Administrativa, Judicial y Testamentaria, del A.H.T. Y especialmente, el Archivo Privado Helguera (A.P.H.)

³ Arsenio Granillo: *Provincia de Tucumán*. Tucumán. 1872 p. 106

⁴ Jorge Balán: “Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador”. *Desarrollo Económico*, n° 69, Buenos Aires, 1978. p. 60

⁵ Pedro Avila: *La ciudad arribeña*. 1920, p. 250

⁶ Giménez Zapiola, Marcos: “El interior argentino y el desarrollo hacia afuera: el caso de Tucumán”. En Giménez Zapiola, Marcos: *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina*. Buenos Aires. Amorrortu, 1975 p. 76.

⁷ Halperín Donghi, Tulio: “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires 1820-1930”, en *Cuadernos de Historia Regional*, 2ª Etapa, N° 15 Vol. V, Luján, 1992. p. 31

⁸ Hora, Roy: “Autonomistas, radicales y mitristas: el orden oligárquico en la provincia de Buenos Aires (1880-1912)”; en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* Tercera serie, n° 23, 1º semestre.2001, p. 74

⁹ Ibid.

¹⁰ En el caso tucumano algunos de los trabajos más relevantes son: Guy, Donna: *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*. Tucumán. Ediciones Fundación Banco Comercial del Norte. 1981; Campi, 2002 op. cit.; “Avellaneda y Terán. Una empresa azucarera argentina en tiempos de crisis 1892-1906”, en Cerutti, Mario: (Coord.) *Empresas y grupos empresariales en América Latina, España y Portugal*. Universidad Autónoma de Nueva León y Universidad de Alicante. Monterrey, México, 2006; Campi, Daniel y Bravo, M. Celia: “Elites y poder en Tucumán, segunda mitad del siglo XIX. Problemas y propuestas”. En *Secuencia* n° 47. México. Instituto Mora. 2000; Herrera, Claudia: *Elites y poder en Argentina y España en la segunda mitad del siglo XIX*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2003; “Las relaciones entre poder local-poder central en Tucumán, Argentina (1860-1880)” en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 31. pp. 79-100 Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2006; “Dulzura y poder: azucareros y políticos en la segunda mitad del siglo XIX en Argentina” en: Casaus Arzú, Marta y Pérez Ledesma, Manuel (Eds): *Redes*

intelectuales, ciudadanía y formación de naciones en España y América latina. 1890-1940. Colección de estudios nº 101. pp. 209-241. Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2005. Sánchez Román, José Antonio *La dulce crisis. Finanzas, Estado e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914).* Universidad Complutense de Madrid/Instituto Ortega y Gasset. 2001; Gutiérrez, Florencia: *Las prácticas electorales en Tucumán en la década de 1860: el 'partido' Posse.* Tesis de Licenciatura. (Inédita) 1997

¹¹ Álvarez Rey, L: "Elites políticas en Sevilla durante la crisis de la Restauración 1898-1931. Bases sociales y control institucional". *Espacio, Tiempo y Forma*, 3, pp. 213-228; Carasa Soto, Pedro (ed.): *Elites. Prosopografía Contemporánea.* Valladolid Universidad de Valladolid.1995; Paniagua, J. y Piqueras, J. (eds.): *Poder económico y poder político.* Valencia. Biblioteca Historia Social.1998 Clientelas, caciquismo y poder en la Restauración. Monográfico de *Historia Social*, 36, 2000; Cruz Artacho, Salvador: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad social en Granada, 1890-1923.* Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba. 1994; El poder local en la España contemporánea. Monográfico de *Hispania*, LIX/1-201. 1999; Garrido Martín, Aurora): *Favor e indiferencia. Caciquismo y vida política en Cantabria (1902-1923)* Santander. Universidad de Cantabria/Asamblea regional de Cantabria; 1998; Gonzalez Portilla, M.: "Poder y lobbies económicos en la Restauración: la transformación de la clase política", en *Cultura y culturas en la historia*, Salamanca. Universidad de Salamanca. 1995; Martí, Manuel: "Las raíces sociales del comportamiento político en la Restauración. Análisis de una élite política provinciana. Castelló de la Plana, 1875-1891", *Estudios de Historia Social* 54-55. Valencia. pp. 443-467. 1991; Robles Egea, Antonio (Comp): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea.* Madrid. Siglo XXI. 1996; Varela Ortega, José (dir): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)* Madrid. Marcial Pons. 2001.

¹² Herrera, Claudia: *Elites y poder en Argentina y España en la segunda mitad del siglo XIX.* Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2003. Se han considerado todos los cargos políticos de esos 36 años, sobre la base de las Actas Electorales: Diputados Provinciales, Nacionales, Gobernadores, Electores, Senadores Provinciales y Nacionales

¹³ Ibid. Se han analizado 24 familias, entre ellas: Frías, Avellaneda, Gallo, Posse, Méndez, Nougués, Terán, Padilla, Helguera. En todos los casos se ha considerado: cargos políticos, genealogía, alianzas matrimoniales y lugar que ocupa dentro de la red de parentesco. En este artículo sólo se analizan las familias Avellaneda y Frías, a fin de caracterizar a los intermediarios tucumanos frente al poder central, que luego se consideran.

¹⁴ Marco Avellaneda fue gobernador de Tucumán contrario al régimen rosista. En 1841 fue tomado prisionero y fue decapitado. Su cabeza permaneció varios días en una pica en la plaza principal "para escarmiento de los rebeldes".

¹⁵ Diputado Nacional en cuatro periodos (Presidente de dicha Cámara durante once años); Interventor de Corrientes; Interventor de Buenos Aires; hasta 1890, Presidente del Banco Nacional; Presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires; 1901 Ministro de Hacienda del Presidente Roca; 1908 Ministro del Interior del Presidente Figueroa Alcorta; 1909 Senador Nacional hasta su muerte en 1911.

¹⁶ Senador Nacional, Ministro de Gobierno del Gobernador de Buenos Aires Alsina 1866; Ministro de Instrucción durante la Presidencia de Sarmiento 1871-1874, Ministro del Interior provisorio, Presidente de la Nación 1874-1880.

¹⁷ Diputado provincial once veces. Elector provincial y Elector a Presidente. Ministro de Gobierno de Federico Helguera y de Benjamín Paz.

¹⁸ En 1888 Marco se desvinculó de la sociedad de Avellaneda y Terán y también de Avellaneda Hnos. Eudoro se quedó con las valiosas propiedades urbanas de San Miguel de Tucumán y Marco, con la estancia de Córdoba y las acciones de tierras en "el Río Colorado" AHT, Protocolos, Serie A, ff. 246-247, Vol.1886)

¹⁹ Moutoukias, Zacarías: "Familia patriarcal o redes sociales: balance de una imagen de la estratificación social", *Anuario I.E.H.S.* nº 15. Tandil. 2000 p. 151

²⁰ Halperín Donghi, Tulio: *Proyecto y construcción de una nación. Argentina. 1848-1890.* Bs. As. Ariel.1995; Botana, Natalio: *El orden conservador.* Bs. As. Sudamericana. 1977

²¹ Campi, Daniel y Bravo, M. Celia: "Elites y poder en Tucumán, segunda mitad del siglo XIX. Problemas y propuestas". En *Secuencia* nº 47. México. Instituto Mora. 2000

²² Halperín Donghi, Tulio, 1992 op. cit.

²³ Ansaldi Waldo: "Notas sobre la formación de la burguesía argentina 1780-1880", en Florescano Enrique (coord): *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*. México. Nueva Imagen. 1985

²⁴ Sábato, Jorge: *Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina 1880-1914*. Buenos Aires. Cisea. 1979

²⁵ Archivo Mitre, 15 de junio de 1862. T. XI, p. 63, citada en Lettieri, A: *La república de la Opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Buenos Aires. Biblos. 1998 p. 129

²⁶ Bravo, M. Celia: *Poder provincial, dinámica regional y Estado nacional. El norte argentino 1852-1880*. En *Travesía 3 y 4. Elites, cuestión regional y Estado Nacional. Vol. 1* Coord: Bonaudo, M. y Campi, D. Instituto de Estudios Socio-económicos. Fac. Cs. Económicas. UNT. 2000

²⁷ A.P.H. carta N° 21 Bs. As. Febrero 19, 1872.

²⁸ Álvarez, Juan 1966: *Las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires. Eudeba. 1° ed. 1912 pp. 53-56

²⁹ Además el Senado era el conjunto de ex presidentes y ex gobernadores, o sea reunía los que habían acumulado poder y prestigio a nivel provincial y que volcaban esa experiencia al control de instituciones de ámbito nacional. Además, desde allí cada uno velaba por los intereses de su provincia. Botana, 1977 op. cit.

³⁰ A.P.H. carta N° 18 Bs. As. Noviembre 3, 1871 "*me encuentro rodeado de compromisos y dificultades (...) ausentarme de esta ciudad ocasionaría el más completo trastorno en todos mis negocios y perjuicios que no sólo redundarían en contra mía, sino de mi hermano Eudoro*". En realidad, esta negativa se explica por la distribución de roles dentro de las familias, como se ha mencionado.

³¹ A.P.H. carta N° 18 Bs. As. Noviembre 3, 1871

³² A.P.H. carta N° 22. Bs. As. Abril 10, 1872 "*Cumplí su encargo para con el Ministro de la Guerra respecto a las letras que había girado a su cargo. Me prometió hacerles pagar a su vencimiento y me consta que los hizo despachar sin demora alguna (...) estoy encargado [del cobro] porque desde algunos días atrás está demorado en el Ministerio de Hacienda*"

³³ A.P.H. carta N° 40 Bs. As. Julio 13, 1878: "*Estos meses son los peores porque disminuyen mucho las entradas de Aduana, y los gastos son mayores que en los otros, pues se junta el servicio de la deuda extranjera, de la interior y el pago de los sueldos del Congreso. Le he manifestado al Ministro de Hacienda que si demora más tiempo el pago de estos créditos lo pondrá a U. en el desagradable caso de demorar, por primera vez, el pago de los servicios de esa administración que siempre se ha hecho con toda puntualidad. Me ha prometido darme la preferencia ...*"

³⁴ A.P.H. carta N° 32 Bs. As. Abril 9, 1873 "*... anticipándonos a los deseos de U., ya nos habíamos constituido en comisión para solicitar diez carros para las víctimas de las inundaciones en Tucumán, Santa Fé y La Rioja. Creo que reunimos una buena suma por lo que debo asegurarle que no omitiré esfuerzo con ese objetivo. El gobierno nacional destinó también diez (sic) mil fuertes para cada una de las provincias mencionadas...*"

³⁵ A.P.H. carta N° 376 Bs. As. Mayo 25, 1878

³⁶ A.P.H. carta N° 377 Bs. As. Junio 21, 1878

³⁷ A.P.H. carta N° 49 Bs. As. Junio 30, 1872 "*Me he despedido yo, como buen tucumano, del Ministerio del Interior habilitando por un decreto la oficina telegráfica de Monteros y acordando mil pesos fuertes de la Municipalidad para la obra de la acequia (...) Frías despachará inmediatamente las propuestas sobre el puente [del Río Salí] (...) Presentaré pronto un proyecto de ley sobre la construcción de la Escuela Normal. Tendrá así nuestro Tucumán otro gran establecimiento de educación*".

³⁸ A.P.H. carta N° 21 Bs. As. Febrero 19, 1872. De Marco Avellaneda a Helguera: "*Nicolás nos pide que le haga saber que va a hacerle dirigir por el Ministro del Interior una nota por la obra del puente del Río Salí cuyo estudio y presupuesto se ha mandado practicar*".

³⁹ A.P.H. carta N° 48 Bs. As. Mayo 26, 1872

⁴⁰ ibid. "*Un año de demora en estas circunstancias de nuestras relaciones con el Brasil y el Paraguay, de aproximación de la lucha electoral por la renovación de las autoridades nacionales me parece muy peligroso porque nada de sorprendente dice que sobrevinieran revoluciones o guerras que obligasen a la Nación a invertir en otros objetos el dinero del empréstito*".

⁴¹ A.P.H. carta N° 873 De Ruperto Sanmatín (sin fecha. El subrayado me pertenece)

⁴² A.P.H. carta N° 448 Bs. As. Mayo 27, 1878. De Pedro Alurralde a Helguera

⁴³ Campi, 2002, op. cit.